

J. Cabello

### algunos aspectos médico-sanitarios en Chile

Las condiciones sanitarias de un país se reflejan en sus condiciones económicas. Pero las estadísticas sanitarias no sólo siguen fielmente las fluctuaciones de las estadísticas de producción, de comercio o de ocupación, sino que también acusan las características permanentes de la economía nacional. Por ejemplo, en todos los países en que la riqueza nacional es escasa —como es el caso de los países coloniales y semicoloniales— la mortalidad general, la mortalidad infantil, la mortalidad por enfermedades epidémicas, etc., son altas.

El desarrollo de la higiene pública depende de las entradas del Estado y del nivel cultural de la población, factores que dependen ambos de la situación floreciente o decadente de la economía. En Chile esto se puede apreciar fácilmente. Los fondos que se destinan a los servicios sanitarios no alcanzan ni al cuatro por ciento del presupuesto total y son los que primero se restringen en épocas de economías. Por otra parte, la no existencia de una política sanitaria definida es la consecuencia del atraso cultural, de la pobreza de medios y de la voracidad de los partidos "históricos", que permite a cualquier pelafustán que haya hablado en una asamblea política llegar a ser un alto jefe de Sanidad.

El período de auge económico de los años 1927-30 coincide con un mejoramiento general de los índices sanitarios. A partir del año 1931 se produce un desmejoramiento de los mismos, en estricta concordancia con el desarrollo de la crisis mundial que tan hondamente ha repercutido en este país.

El paro de las actividades industriales, la política de inflación monetaria y de reducción de los salarios han agravado las condiciones de vida de la clase trabajadora. La industria salitrera, por ejemplo, ocupaba, según las estadísticas oficiales, 58.500 obreros en 1929, 44.500 en 1930, 16.300 en 1931, 8.700 en 1932 y sólo 7.600 en agosto de 1933. La industria cuprífera ofrece un cuadro semejante. El Gobierno ha combatido la desocupación resultante improvisando a la industria de los lavaderos de oro —cuya vida es enteramente artificial— con el objeto primordial de alejar de las ciudades a grandes masas de desocupados.

La situación de la clase obrera se ha empeorado considerablemente. El total de los jornales pagados a los obreros corresponde en 1933 sólo a los dos tercios de lo que fue pagado en 1929 y 1930, habiendo pasado en 1932 por un nivel todavía más bajo. El costo de la vida y el costo de la alimentación, en cambio, han en-

mentado en un cuarenta por ciento, aproximadamente, durante los mismos años.

Tales hechos han ocasionado una serie de modificaciones que se revelan en el aumento de la mortalidad y de las enfermedades. La pobreza impresionante de las masas las obliga a vivir en pésimas condiciones.

La alimentación del pueblo chileno que, estudiada en una época de bienestar económico (1930), era ya deficiente, tanto cuantitativa como cualitativamente, es hoy día escasa y miserable. La vivienda y el vestuario son peores que en cualquiera otra época. El incremento de la cesantía ha provocado el hacinamiento de grandes masas que conviven en las peores condiciones de higiene.

Nada tiene de sorprendente entonces que se haya producido entre ellas una verdadera catástrofe sanitaria. Las enfermedades más habituales en nuestro pueblo, como la tuberculosis y venéreas, han podido extenderse en proporciones inusitadas. Por otro lado, la desnutrición ha ocasionado una baja de la resistencia orgánica, que ha permitido que afecciones que existían ya en forma endémica, como el tífus exantemático, se hayan multiplicado hasta adquirir el carácter de epidemias sumamente graves, lo que se ha visto favorecido por las grandes aglomeraciones de personas que, debido a su miseria, no podían practicar ninguna clase de protección higiénica.

#### NUESTROS PROBLEMAS SANITARIOS MAS IMPORTANTES

La población de Chile, según el censo de 1930, es de 4.287.445 personas. Esta población se reparte en un 49 por ciento de población urbana y un 51 por ciento rural. El crecimiento vegetativo de la población es de un 15,2 por mil, lo que está en relación con la gran natalidad, que en 1930 alcanzó a 40 por mil y que es una de las mayores del mundo.

La mortalidad general ha venido en franca declinación desde los años 1919-25, años de grandes epidemias, durante las cuales la mortalidad fué excepcional. A partir de 1923 la curva de la mortalidad general seguida hasta 1932, acusa un marcado descenso, relacionado con el relativo bienestar económico de esos años; pero no hay duda de que la curva durante 1933 volverá a ser muy alta.

La mortalidad infantil, que en Chile es una de las mayores del mundo (alrededor de 270 niños mueren en el primer año de la vida por mil nacidos vivos, mientras que en países higienizados, como Nueva Zelanda, la mortali-

### en este número:

la revolución china

el plan tanaka

una guerra en el thibet

lunatcharsky,

ecos de rusia

intelectuales hambrientos

precio: 40 centavos

dad infantil era sólo de un 40 por mil), es un índice relativamente seguro de las condiciones socio-económicas de un país. La curva de la mortalidad infantil alcanzó su más bajo nivel en 1928 (en gran parte debido a razones extrasanitarias, como las facilidades que dió el Gobierno para la legalización de los matrimonios), y a partir de 1929 se inicia nuevamente una elevación que se acentúa en los años 31 y 32 y que, seguramente, como lo revelan ya las estadísticas hasta agosto de 1933, alcanzará su grado máximo en 1933.

Alrededor de un 25 por ciento de la mortalidad infantil se debe a los trastornos nutritivos propios de la infancia y en cuyo determinismo influyen, en primer plano, la incapacidad económica en que se hallan las familias proletarias de dar una alimentación adecuada al lactante y de atender a su higiene general y, en segundo término, la poca educación de las madres, que cometen a cada paso graves errores en la alimentación del niño.

El alto porcentaje de mortalidad infantil hace que nuestro país, a pesar del gran número de nacimientos, no aumente el número de sus habitantes en la forma que correspondería a un país joven y con escasa densidad de población. Es indiscutible que la magnitud de la población es uno de los factores que, en un régimen económico bien organizado, promueve más poderosamente el desarrollo de la riqueza social, ya que todos los bienes económicos son creados por el trabajo del hombre.

En países retrasados como Chile, la mortalidad infantil, que depende de factores económicos y sociales, no puede ser reducida sino dentro de ciertos límites por una mejor política sanitaria. No basta con dar lecciones de puercultura, ni con dictar conferencias para operar esta reducción: es necesario asegurar ante todo el bienestar económico de las familias obreras, fin inalcanzable de vicio del sistema capitalista. Sin embargo, la extensión de los servicios de asistencia social a la madre y al niño, el suministro de leche y alimentos y el funcionamiento de organismos adecuados, pagados por el Estado y los capitalistas, podrían atenuar, en parte siquiera, los estragos de la mortalidad infantil.

Un problema que con este se relaciona y que tiene una importancia trascendental, es el que podríamos llamar el problema de la degeneración fisiológica de la infancia proletaria. Todo médico que haya estado en contacto, en el ejercicio de su profesión, con la clase trabajadora y que haya observado la trágica realidad del conventillo, de los campamentos o de las poblaciones para obreros, podrá certificar estas observaciones. Está creciendo hoy día una generación físicamente tarada, que no será capaz mañana de hacer frente a las exigencias del trabajo productivo, que estará preñada a contraer toda clase de enfermedades y que en vez de contribuir a la formación de la riqueza social, va a contribuir solamente

(Pasa a la 8.ª pág.)

consumirla, porque su atención y su conservación significará gastos ingentes del Estado, gastos que en último término serán pagados con el trabajo de los demás asalariados.

No es exagerado decir — y esto lo derivamos de nuestra directa observación — que entre los niños proletarios no hay uno solo que no ofrezca el penoso espectáculo de la inferioridad física. La desnutrición y las deformidades, las anemias y el raquitismo son afecciones a las cuales en la actualidad ningún niño proletario escapa. Los tórax estrechos o dilatados, los abdomenes prominentes que traducen alteraciones de los órganos contenidos en la cavidad, los miembros de conformación viciada, los cráneos desfigurados son visibles en la totalidad de estos niños. Y estas deformidades físicas se traducen inevitablemente por una falta o anomalía del desarrollo psíquico.

En resumen, de la generación de niños y de jóvenes que está creciendo actualmente muy pocos podrán alcanzar un normal desarrollo. Y las medidas que pudieran adoptarse para salvarla, medidas que existen, que la ciencia conoce y que tienen un carácter social, no se aplicarán íntegramente mientras persista el absurdo sistema social dominante.

Pero en Chile no sólo mueren y degeneran los niños. Los adultos también sufren las consecuencias de la constitución económico-social del país y de la crisis orgánica que lo azota.

El estudio de la mortalidad por tuberculosis revela un hecho muy curioso. A pesar de que la mortalidad general ha ido disminuyendo en los últimos años (por lo menos hasta 1932, según las estadísticas oficiales) la mortalidad por tuberculosis ha ido aumentando. Y, en efecto, veamos algunas estadísticas sobre el número de muertos por tuberculosis en el país:

Año	Muertos
1925	9.151
1926	10.112
1927	10.477
1928	10.092
1929	10.875
1930	11.229
1931	10.251
1932	11.155

Estas cifras deben ser aumentadas todavía en un 60 por ciento, ya que un gran número de casos no son comprobados por el médico, y el público los denuncia como neumonías o bronconeumonías, nombre con el cual entran a figurar en las estadísticas.

Las inversiones que han hecho el Seguro Obrero y los servicios de Asistencia Social en la atención general de los enfermos y en la atención particular de los tuberculosos han ido en crecimiento durante el mismo período. Sin embargo, la tuberculosis ha continuado su ascenso. Y de ello se deduce una conclusión bien clara: los medios empleados para atacar esta plaga son ineficaces. Y son ineficaces porque están dirigidos única y exclusivamente a la atención individual del enfermo y no a la modificación del ambiente social, que es el agente productor de la tuberculosis.

Ninguna enfermedad merece tanto como ésta el calificativo de social, porque su origen está ligado a las condiciones del medio social y porque tiende a invadir, por esto mismo, a todo el conglomerado social. La miseria, la cesantía, el alcoholismo, la alimentación deficiente, la habitación inapropiada son factores de importancia decisiva. Nadie pondrá en duda que estos factores, sumados y multiplicados, actúan poderosa-

mente en la hora actual sobre las masas productoras del país.

Luchar contra la tuberculosis significa, en primer lugar, mejoramiento del standard de vida del obrero y, en segundo lugar, creación de organismos y de servicios que sepan dirigir en forma científica la lucha antituberculosa. Pero estos requisitos implican una modificación tan profunda del sistema social que su consecución plena en la actualidad es prácticamente imposible.

No obstante, podría obtenerse una reducción de la tuberculosis si se extendiera la aplicación de los seguros sociales y elevara los salarios de los obreros, y si se aplicaran algunas medidas de carácter sanitario, entre las cuales sería primordial la creación de un mayor número de camas para tuberculosos en los hospitales, con el objeto de sustraer el enfermo contagioso al contacto con la colectividad, disminuyendo así su peligrosidad. Los médicos y las colectividades sindicales deben iniciar en este sentido una campaña común, tendiente a conseguir una mayor asignación del Estado para este fin, asignación que podría obtenerse a expensas de otras partidas inútiles del presupuesto, como la destinada a gastos de guerra o a conferencias diplomáticas, por ejemplo.

No nos referiremos, por falta de espacio, al problema de las epidemias, especialmente al tífus exantemático, sobre lo cual ya se ha escrito bastante.

Tampoco insistiremos en lo que se refiere a las enfermedades venéreas.

#### CONCLUSIONES

En un artículo de periódico no podemos extendernos más. Pero queremos aquí hacer resaltar algunas conclusiones generales que derivan de estas consideraciones.

Es imposible separar las cuestiones médico-sanitarias del conjunto de las cuestiones sociales. La estructura económica del país determina directa e indirectamente, su presente y su porvenir sanitario. La miseria, la desnutrición y la incultura de grandes masas determina deficiencias específicas en las condiciones higiénico-sociales de una población, y cuando estos factores experimentan una agudización (crisis económica) esas deficiencias se mostrarán con una intensidad superior.

¿Cómo llegar a aplicar el remedio fundamental? ¿Cómo suministrar la miseria de las masas? El capitalismo no puede hacerlo ni en su antigua forma liberal y democrática, ni en su forma moderna, dictatorial y fascista. Un vistazo a las naciones capitalistas lo demuestra. Será necesario crear las bases de una sociedad que produzca en forma organizada y en vista a la satisfacción de las necesidades comunes, una sociedad en que la propiedad privada esté abolida y el poder pertenezca al proletariado. Pero entretanto, la lucha por el alza de los salarios, por el mejoramiento de las condiciones sanitarias y por la extensión de los seguros sociales, luchas que debe emprender la clase obrera organizada, servirán para obtener dentro del régimen existente alguna pequeña mejoría que aligere un poco esta carga.

El cuadro que ofrece Rusia demuestra lo que sostenemos. Las condiciones sanitarias de este país, en la época de los zares, eran semejantes a las que se ven en Chile: gran mortalidad infantil, gran morbilidad y mortalidad por tuberculosis, persistencia de enfermedades epidémicas, como el cólera y el tífus exantemático. El Gobierno Soviético ha hecho en pocos años una gran labor. La mortalidad de los niños ha descendido, las enfermedades infecto-

# economía alemana

G. ROSSI.

## EL FASCISMO ALEMÁN FRENTE

### A LAS REALIDADES ECONÓMICAS

Antes de tomar el poder, el fascismo alemán se parecía a esa esfinge generosa que prometía a todos los que la interpelaban la realización inmediata de sus más secretas esperanzas. Antes de ser nombrado canciller, Hitler repetía siempre, sin sonreír, que le sería fácil resolver la crisis económica. "Que me den el poder, decía, y yo los sacaré del desierto de la crisis, según un plan esta-

contagiosos se han reducido y un solo dato bastará para sintetizar esta notable perfección de las condiciones sanitarias: la población rusa aumenta en 3.000.000 de personas por año. El sistema de los seguros sociales se aplica en Rusia; de un modo más completo y eficiente que en los países capitalistas y tienen como fin principal mantener en buen estado de salud a los trabajadores. Un dato servirá para ilustrarlo: en Rusia el uno por ciento de los fondos de los seguros se emplea en gastos administrativos; en Chile, en cambio, el diez por ciento de los fondos se utiliza en pagar al personal burocrático.

En una sociedad socialista el carácter de la medicina cambiará radicalmente. La acción del médico no estará polarizada hacia la curación de cada enfermo, sino sobre todo a la atención del conglomerado social, alejando de él los peligros, es decir, haciendo una labor preferentemente preventiva. La medicina individual que gira en torno del enfermo y que sólo está al alcance de los que poseen recursos, será substituida por una medicina socializada, en la cual los recursos de la ciencia más adelantada serán puestos al servicio de las masas en grandes instituciones construídas y mantenidas conforme a la más moderna racionalización.

Entonces el éxito del profesional no será medido por el número de enfermos que atiende o mantiene enfermos, sino por el número de individuos en buen estado de salud que existen en la agrupación que está a su cuidado. El mejoramiento de sus estadísticas sanitarias será la verdadera prueba de la eficacia del médico.

Llegaremos a este estado con la caída de la sociedad capitalista, junto con cuyos viejos mitos persistirá también el mito de la medicina individual.

Compre:

## EL ÚLTIMO REINADO

### DE LOS ROMANOFF,

de Boris Orjick Sr.

Pídalo a Casilla 551, Stgo.

## UN HOMBRE QUE QUIERE SER NORMAL,

Cuentos por Marcos Vodanovich

Biblioteca Walton. — Teatinos 172

blecido de antemano." Hace 3 meses que Hitler está en el poder. El fascismo ha podido demostrar lo que es capaz de hacer, además de la persecución de obreros y judíos.

Diferentes capas sociales y distintos intereses llevaron a Hitler al poder: Cuanto más diferentes eran estas capas, tanto más diferían las promesas que les había hecho el nacional-socialismo. Cada una de las clases que apoyó a Hitler se imaginaba el Dorado fascista bajo un ángulo distinto. Nada pues de sorprendente, que la mayor parte de la población alemana siga atentamente las peripecias de la política hitleriana frente a la crisis económica y a la desocupación.

La gran cuestión es la del "socialismo-nacional". ¿En dónde se ha quedado el gigantesco programa de socialización? La *Leutsche Bergwerkszeitung*, cuyas afinidades con el movimiento nazi se conocen y que es a la vez el órgano oficial de la industria pesada alemana y órgano oficioso del gobierno no vacila en responder sin ambages a esta cuestión:

"Se ha reprochado a Hitler muchas veces, el que no tenga un programa. Se ve ahora que es justamente en su carencia de programa, en donde reside su fuerza. Así puede afrontar, sin prejuicio ninguno, los problemas por resolver, y nada puede impedirle realizar lo que exige el sentido común." (*Deutsche Bergwerkszeitung*, 20-VIII-33).

¿Y qué es lo que exige el sentido común? Para satisfacerlo Hitler no tendrá más que bautizar cada empresa capitalista con la etiqueta de "nacional-socialista". Esto será suficiente.

Los fascistas se han apoderado de la palabra "socialista" para explotar mejor los sentimientos anticapitalistas de las clases medias y de los obreros. Pero ahora tenemos que el fascismo alemán declara a los empresarios: "No tengáis miedo a la palabra socialismo. Se trata de un simple juego de palabras. Lo que los Marxistas llamaron antes capitalismo nosotros lo vamos a bautizar socialismo."

"Era la palabra socialismo, escribe la *Bergwerkszeitung*, la que hizo vacilar largo tiempo a amplias capas de la burguesía, en particular industriales e intelectuales antes de plégarse al movimiento de Adolfo Hitler... Hoy día sabemos ya que se trata de un mal entendido. Mejor todavía que la propaganda nacional-socialista nos actos del nuevo gobierno ha demostrado que el socialismo del tercer Reich está exactamente en las antípodas de lo que el marxismo intituló socialismo." (*Deutsche Bergwerkszeitung*, 13-VIII-33.)

Por otra parte, hace ya algún tiempo que los "jefes" de la economía alemana han pasado al ataque. Desde su nombramiento, como ministro de economía, Herr Schmitt ha prohibido, en la forma más categórica, toda tentativa de intervención del nacional-socialismo, en el libre juego económico. Su último discurso programa fué un suave llamado a la buena voluntad de los capitalistas de cualquier nacionalidad y de cualquier confesión que ellos fuesen. En este discurso se esforzó en calmar la inquietud del capital bancario en lo que se refería al famoso programa contra la cesantía.

(Continuará en el próximo número)